



## VII

El papel del comerciante se limita a procurarse una mercancía y a revenderla. Como lo hemos asentado, esta función de intercambio de productos entre las diferentes comarcas podría hacerse por medio de los grupos productores, siendo los intermediarios naturales los grupos de trabajadores de los transportes. Pero el negociante es un capitalista en grande o en pequeño que busca en su negocio una fuente de utilidades para él y, por lo tanto, sus gestos, es decir, su trabajo, son inútiles, porque no aumentan en nada la producción y ponen obstáculos y trabas, como lo veremos adelante, al libre consumo de los productos.

Nadie duda que muchos comerciantes trabajan y hasta se extenuan por sus largas horas de presencia detrás de un mostrador, o en una oficina, o bien en continuas carreras; lo mismo puede decirse de sus agentes, de sus empleados, que hacen un trabajo muchas veces pesado; pero esto no impide que este trabajo sea inútil, improductivo. El negociante en cereales, que ha pasado su vida vendiendo granos, no ha aumentado la producción de un solo frijol, de un solo grano de maíz; el vendedor de telas que ha medido casimires y sedas toda su vida, no ha producido un centímetro de género, y lo mismo puede decirse de todos los negociantes, cualquiera que sea su ramo. Sus gestos son, por lo tanto, improductivos, luego son inútiles.

Pero además de ello son absolutamente nocivos, por la sencilla razón que cada vez que un producto cambia de manos, a medida que se aumenta el número de los intermediarios entre el productor y el consumidor, aumenta también el precio de la mercancía, haciéndose, por consiguiente, más difícil su adquisición. Si la función del negociante

te fuera, como lo pretenden, la de ayudar al intercambio de los productos múltiples en las diversas regiones de la tierra, podría concebirse, poniéndose en el punto de vista de la sociedad actual, que para remunerar su trabajo los negociantes cobrasen una razonable utilidad; pero no es así, porque el comercio es, ante todo, una especulación, es decir, un cálculo que se basa sobre las necesidades de lo que se llama el mercado; si un producto escasea, el mismo comerciante que antes de la escasez le había fijado un precio determinado, basado sobre los gastos originados por el transporte y sus gastos generales, el mismo negociante, decíamos, fija al mismo producto precios exorbitantes, especulando de esta manera sobre las necesidades de los demás, y aumentando, por lo tanto, el malestar social. ¿Cómo un producto que valía ayer determinada cantidad vale hoy el triple, el cuádruplo? Es el mismo producto, no ha mejorado en calidad, bien al contrario. ¿Entonces? Entonces el comerciante se vale de las circunstancias para lucrar y enriquecerse a costa de los pobres.

En tiempos de guerra, de revolución, de desastre, producido por causas políticas o por fenómenos naturales, es cuando se ve la rapacidad y lo nocivo de la especulación. Hemos sido testigos, durante el curso de los acontecimientos que se han desarrollado estos últimos años en México, de la rapacidad y falta absoluta de vergüenza demostradas por el comercio en su totalidad, sin excepción alguna. Los comerciantes han especulado no solamente sobre la escasez de mercancías, a las que fijaban precios diferentes tres o cuatro veces en un mismo día, sino que también especulaban sobre el valor de la moneda, declarando a su antojo tal o cual clase de billetes buenos o malos: aceptando los malos con un notable aumento del precio en las mercancías, teniendo a veces la desfachatez de dar el cambio con estos mismos billetes

que declaraban casi sin valor al recibirlos. Y el día siguiente ese mismo papel moneda era el bueno y el bueno de la víspera no valía nada.

Hemos visto espectáculos que arrancaban lágrimas de compasión o hacían cerrar los puños de ira: *colas* de pobres mujeres pasando la noche a la intemperie, a la puerta de las panaderías, lecherías, puestos de maíz, ahogándose de calor al medio día, expuestas a las brutalidades de los soldados de la Convención, y el precio de las mercancías subiendo constantemente... esto no debido a una escasez verdadera, sino ficticia, siendo los productos de primera necesidad acaparados, guardados y escondidos en las bodegas de los comerciantes. No había pan, ni maíz, ni frijol, y, sin embargo, almacenes enteros estaban repletos de harina y de cereales de todas clases....

Más terrible se hacía la miseria del pueblo, más aumentaban sus sufrimientos, más los comerciantes pretendían «hacer su agosto», enriquecerse, importándoles un bledo los sufrimientos de los demás; al contrario, encontrando en ellos una fuente de utilidades enormes.

Se dieron casos de personas que morían por no poder adquirir los medicamentos recetados, pues el precio de dichos medicamentos era fabuloso; y sin embargo estaban en bodega desde tiempos muy anteriores a los acontecimientos que servían de pretexto a los especuladores.

La misión del comercio no es, por consiguiente, una misión útil, sino nociva.

Y lo es por muchas otras cosas que las que acabamos de enumerar.

Para vender sus mercancías es menester que el comerciante las pregone, las anuncie, y esto es una fuente de innúmeros gestos inútiles. Porque ¿qué más inútil que estos falaces anuncios comerciales que pregonan miles de productos superiores, mientras que no se trata sino de mercancías de pésima cali-